

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

Joaquín González Mejías

Javier Vargas Caro, 23 años

LUCHA INTERMINABLE

Me detengo delante de unas puertas blancas. El sol incide directamente sobre el metal produciendo flashes, como si de una invitación a entrar se tratase. Frente a mí se levanta un edificio de construcción modesta cuyo rótulo me informa que no he errado mi camino: Centro de Mayores. Vacilo un instante antes de entrar. Tan sólo tengo un nombre: Joaquín. Un nombre vacío para mí en ese momento; un conjunto de letras grabadas en la piel de un desconocido, cuya historia, gracias al azar, o a su hermano formal: el destino, estoy a punto de descubrir.

Entro y casi puedo notar cómo el peso de decenas de ojos curiosos hunde mi cuerpo. Camino lentamente y con pasos cortos, lo que desde el exterior puede parecer un intento de mimetismo con el entorno. Nada de eso; únicamente lo hago para buscar a Joaquín, como si las letras de su nombre estuvieran dibujadas en su mirada. Al fondo, en la última mesa, unos ojos con un brillo que destaca sobre el resto me devuelve la mirada. Me detengo frente a él y me pide que lo siga a un lugar más tranquilo. Atravesamos una bulliciosa sala en donde los murmullos, risas, exclamaciones y más risas, se cruzan en todas direcciones.

Cierra la puerta, se apagan las voces y nos sentamos. “Hola, soy Javier Vargas”, me presento rápidamente. El dejar que un completo desconocido hurgue en tu memoria y encierre décadas de recuerdos en un trozo de papel es ya suficientemente violento como para además no saber ni su nombre. “Soy Joaquín González Mejías”, me dice al tiempo que me estrecha la mano.

Joaquín es visiblemente más joven que el resto de las personas del Centro de Mayores, aunque en sus ojos se reflejan las huellas del cansancio de aquél que hubiera vivido dos veces. Tiene el semblante tranquilo y tras él se le adivina una sonrisa fácil y sincera. Su voz es firme e inunda la habitación de un optimismo inusual para todo lo que ha tenido que pasar. Joaquín empieza a hablar y retrocedemos en el tiempo...

Década de los cincuenta. Joaquín nace en medio de una España de luto que languidece y se lame sus heridas en silencio, desgastada bajo el peso de una amarga posguerra. El hambre es un enemigo silencioso que se arrastra por las calles y ahuyenta toda esperanza. “Cuando era pequeño mi madre me daba un trozo de pan para toda la mañana”, cuenta Joaquín, “Y yo perseguía al lechero por todo el pueblo hasta que, por pena, me daba algo de leche”, añade sonriendo. La hermana mayor de Joaquín, cuyos escasos años podían contarse con los dedos de una mano, muere ahogada, lo que tan sólo sería un aviso por parte de la vida de todo el sufrimiento que Joaquín tendría que soportar en adelante. El fallecimiento de su hermana le convierte en el mayor de sus ocho hermanos, lección obligada de madurez y responsabilidad. “Yo le llevaba el almuerzo a mi padre, que trabajaba de albañil en una obra”, comenta Joaquín, “Y mi madre me daba el poco dinero que tenía para que me fuera en autobús, pero yo se lo daba a mi padre para que no tuviera que volver a casa andando después del trabajo”. Joaquín sonríe. Sus ojos se pierden en un mar de nostalgia. Al tenerlo delante no es difícil imaginarse a un Joaquín de tan corta edad sacrificándose por su padre.

A la edad de 11 años, Joaquín y su familia se trasladan a Francia huyendo del fantasma de la pobreza. Les recibe una tierra extraña y fría que los mira con recelo. Joaquín prueba por primera vez el amargo sabor del rechazo y de la soledad. “En Francia, en el colegio, los niños se reían de mí”, confiesa, incapaz de esconder la tristeza que se adhiere a su mirada, como una segunda piel. El pequeño Joaquín tiene que aprender rápidamente el idioma para ayudar a su familia. “A mis padres los engañaban siempre que íbamos a comprar, por no entender el francés”. Su padre cae enfermo y Joaquín se hace cargo de la familia. “Trabajaba de reponedor en



un supermercado para poder alimentar a mis siete hermanos”, relata, sin que el orgullo ciegue sus palabras. Joaquín no se considera un héroe, simplemente hizo lo que tenía que hacer.

El tiempo es un ladrón que se desliza sin hacer ruido. Joaquín se despierta un día, a sus 27 años, vuelve la vista hacia atrás y decide que es hora de vivir su propia vida: regresa a Sevilla. Vuelve sin nada, tan sólo cargado de ilusiones y esa gran esperanza que le caracterizaba.

Joaquín se casa, forma una familia y se prepara para disfrutar de una merecida tregua con la vida, pero ésta no entiende de justicia a veces. Joaquín es afectado por una enfermedad degenerativa de los huesos que le impide moverse. El obstáculo en el camino esta vez es enorme, casi invencible, pero el espíritu de Joaquín es inquebrantable. Tras seis años de rehabilitación consigue recuperar poco a poco la movilidad de su cuerpo. “Estuve tentado muchas veces a quedarme ahí, tirado en la cama, sin luchar, pero sacaba fuerzas de donde no las había”, dice antes de callar.

El silencio se hace más denso y se expande por toda la habitación, miro mi reloj y vuelvo al presente. Joaquín me mira y sonrío. Nada ni nadie ha conseguido arrebatársela. Hay cosas que la vida, por mucho que se esfuerce, no puede quitarnos. Hay personas a quienes la vida, por mucho que se esfuerce, jamás podrá conseguir que dejen de luchar. El hombre que tengo delante es un ejemplo de ello.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“¿Qué es lo más importante de la vida?”, le pregunto. Joaquín deja pasar un instante mientras mis palabras se filtran por su mente y bañan sus recuerdos. Sus ojos vuelven atrás en el tiempo y se sumergen en el pasado. Joaquín corriendo detrás del lechero; Joaquín subiendo al tren para ir a Francia; Joaquín asustado y llorando en un rincón en el colegio; Joaquín volviendo a España; Joaquín tirado en una cama, llorando de dolor e impotencia por no poder moverse. Sus ojos vuelven y recuperan aquel brillo resplandeciente. De su boca salen un puñado de palabras que resumen toda una vida: “Lo más importante de la vida es luchar; luchar y no rendirse nunca”.

Joaquín piensa que la vida es una lucha constante y sin fin, y que si nos rendimos ante un obstáculo en una esquina, nunca sabremos si al doblar aquélla el éxito nos estaría esperando. Si caemos rendidos en el paso número 100, nunca sabremos si nuestra recompensa estaba en el paso 101, esperándonos con paciencia. El éxito es un animal huidizo que sólo se deja cazar por aquellos que lo buscan sin descanso, y Joaquín es un cazador nato.

La entrevista ha terminado y Joaquín tiene que irse. Fuera le esperan un grupo de chavales y del Centro de Mayores para aprender a jugar a la petanca. Joaquín sonrío. Ha hecho las paces con la vida. Por fin ha dejado de perseguirle...